HOMERO CENTONZIO

LAS AVENTURAS DE KIMI



Áurea Ediciones

© Las aventuras de Kimi
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Mayo 2024
© Homero Centonzio
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Claudia Riquelme
Ilustraciones interiores: Claudia Riquelme
Corrección de textos: Virginia Gutiérrez
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Este libro está dedicado a Jeniffer,
mi esposa; mi madre, Soledad; mis hijos,
mi familia y mis amigos de infancia.

"Lo maravilloso de la infancia es que cualquier
cosa es en ella una maravilla."

—Gilbert Keith Chesterton.

CARTA A MIS AMIGOS DE INFANCIA



Si hay algo sobre lo que casi todos podemos estar de acuerdo es que de las etapas de la vida, la que más perdura en la memoria es la de la infancia. No porque nos mantengamos niños por más tiempo, sino porque la llevamos en nuestros corazones y reflexionamos sobre ella por el resto de nuestras vidas.

Un lugar, una palabra, una canción, un gesto, nos puede llevar a nuestra niñez mágicamente y nos permite recrear una situación, una sensación o sentimiento profundo. Puede ser el reverbero de un amor, la nostalgia por una caricia, un beso, o un contratiempo que se vuelve memorable.

La resistencia que algunos tenemos a crecer y a madurar puede estar relacionada con la intuitiva convicción de que jamás volveremos a vivir en esa inocencia. Y esa inocencia nos permitió soñar, jugar o imaginar un mundo increíble; nos dejó fantasear con que nuestros padres nunca envejecerían, que la calle en que jugábamos nunca iba a desaparecer o que la vida nunca tendría un vuelco inesperado y rotundo.

Por esto, el relato que está frente a tus ojos no tiene otra intención que recoger lo que mis evocaciones, ordenadas

o no, han ido acumulando en mi memoria. Es lo que a lo largo de décadas, de manera imperfecta a veces, incompleta o definitivamente inexacta, se ha ido fijando en mi mente como un remolino de recuerdos o invenciones.

Pido perdón cuando la memoria no me ha podido ayudar para rescatar con exactitud algún hecho. He recurrido entonces a la memoria colectiva, a lo que he supuesto como creíble o imaginable, al testimonio de quienes recuerdan ese tiempo o a lo que me hubiera gustado que ocurriera.

Por lo demás, y como suele suceder, al igual que con la memoria, esta historia está escrita intencionadamente casi en todo su recorrido. Es una trabada narración que parece desordenada, pero si la tomamos como un todo, al final de su lectura parecerá, como tus propios recuerdos de la infancia, un anecdotario vivencial que se viene sin que uno lo llame en cualquier momento de la vida.

Después de todo, es la historia de un niño.

Los que me conocen sabrán distinguir los distintos sabores de una torta cuyos ingredientes se traslapan y se mezclan desde los siete a los catorce años, dejando una profunda huella en mi vida: mi infinita gratitud de haber recibido tanto en los casi primeros tres lustros de mi breve existencia en la tierra.

— Kimi







1
MI PROFESORA ALBA EN EL JOHN F. KENNEDY



El camino comienza en una mañana soleada pero fría de un pequeño campamento minero a finales de los sesenta.

Su nombre irrevocable, aunque ya no esté habitada, era Chuquicamata, la hermosa ciudad de mi primera infancia.

La imagen todavía es nítida.

Era un muchacho no mayor de diez años que no sabía mucho de la vida, excepto que tenía que caminar hacia una escuela con el nombre de un presidente norteamericano al que no conocía muy bien en ese momento y que, alternadamente, admiraría o evitaría admirar en las siguientes décadas, ya tristemente desvestido de la inocencia pueril.

Era el colegio John F. Kennedy o Escuela 31, según el que la nombrara.

«¡Pucha, que hace frío hoy día!», reclamaba mientras apuraba el paso, tratando de acomodarme el gran bolsón cuadrado de cuero café que me colgaba.

Bolsón de cuero olvidado
En mi esquina del recuerdo
De una mañana, rodeado,
Bajo el sol de Chuqui amado.

Esa mañana, el frío calaba hondo en mi cuerpo que, aunque había sido generosamente abrigado por mi madre, se enfriaba a cada paso.

Un grueso guardapolvo de color crema, bata protectora típica contra las manchas en el colegio, protegía este pequeño y delgado cuerpecillo de niño.

Me frotaba las manos para calentármelas y arreglaba de tanto en tanto mi gorro de lana, tejido por mi mamá.

Brusco, me froto las manos
Y el aire matinal muerdo.
Camino, corro, me afano
Del sol tibio no me acuerdo.

«¡Vamos, ánimo, ya voy a llegar!», me decía.

La escuela quedaba lejos, pero no era un problema. En un pueblo como aquel se caminaba mucho. Solo un par de años antes, cuando vivíamos en un conjunto habitacional llamado «Los 300», teníamos que salir de casa y caminar incluso para ir al baño. Eran baños públicos y podían ser utilizados con libertad hasta un poco más de mediodía, pues en la tarde eran privilegiadamente usados por los trabajadores de la mina, que bajaban de sus faenas a bañarse.

Y aunque ahora vivíamos en otro sector, llamado Las Normac, igualmente teníamos que caminar para ir al centro del pueblo. No era un trecho muy largo, pero no existía un medio de transporte local, y recorrerlo varias veces al día